

la propiedad empezó a adquirir tonos rusientes. La respuesta de sus propietarios no se hizo esperar. Pasaron a la explotación directa, bien por sí mismos, bien mediante administradores residentes en Salamanca y Ciudad Rodrigo, muchos de los cuales eran a su vez dueños de dehesas. Era el modo de garantizar su propiedad; pues para la mayor parte de los tratadistas agrarios del primer tercio de siglo, lo que se criticaba de los "latifundios" no era su existencia, sino el absentismo y los arrendamientos en precario. Se adaptaban así a unas ideas sociales respetuosas con la propiedad. Pero también era una respuesta a los que lo cuestionaban. Al dar este paso labraron las tierras con obreros fijos y dóciles. Los campesinos se vieron así privados de los ingresos que anteriormente obtenían con sus arredamientos.

Sin embargo, no cesaron en sus reivindicaciones. La Segunda República les proporcionó un resquicio de esperanza; las dehesas fueron incluídas en el Catálogo de la Propiedad Expropiable. Ante lo remiso de la Reforma Agraria las ocupaciones de fincas comenzaron a partir de febrero de 1936. Pero sus anhelos, y a veces por la brava, quedaron truncados con la Guerra Civil. El problema quedó acallado en años posteriores. A los campesinos sólo les quedó la resignación, el resentimiento y el seguir pagando las deudas hipotecarias de los proindivisos. En cambio para los propietarios con orden, tranquilidad y una buena coyuntura para los productos agrarios fue la época dorada de las dehesas.

a) El éxodo rural y sus contradicciones.- En estas condiciones se comprende, que cuando a partir de la década del sesenta se abrieron nuevas perspectivas con la emigración se produjese una salida masiva de gentes. Si hasta entonces se había limitado a los excedentes de población, que no podían ser mantenidos en las exiguas y gravadas unidades de explotación, generalmente los jóvenes de ambos sexos, después fueron familias enteras. Los primeros en desertar fueron los obreros de las dehesas, cansados sin duda de una vida de servidumbre y de dureza, especialmente los pastores, que eran los que gozaban de menos consideración social. Su puesto no quiso ser ocupado casi por nadie. Había llegado la hora de la revancha y el resentimiento hizo considerar que era mejor marcharse, cuando había otras perspectivas. Así los municipios de estas penillanuras entre 1960 y 1980 -principalmente hasta 1975- perdieron siempre más del 40% de su población; y en la mayor parte de ellos estuvo comprendida entre un 50-60%.

Sin embargo, aún siendo importante esta mengua de población, no se llegó a las proporciones de otras comarcas de la región en la que se superaron tales umbrales, llegando a pérdidas de las dos terceras partes, y aún de las cuatro quintas partes. Las mismas causas que impulsaron a salir a muchos actuaron para retener a otros tantos. Para las gentes mayores es marcharse en el momento en el que por estar casi saldadas las deudas hipotecarias iban a ser propietarios plenos y tenía mucho de contrasentido; era renunciar a lo que tanto habían anhelado. La áspera lucha por la propiedad actuó en cierto modo de freno, a la emigración; y los que salieron fueron principalmente jóvenes, que querían romper con una vida de incertidumbre y de desesperanza como la que habían padecido sus mayores; más cuando fuera parecían abríseles horizontes más promisorios.

Parece demostrar este hecho alguna muestra sobre la estructura de la población por edades (Cerralbo en 1975). El grupo mayoritario (33%) estaba constituido por los adultos propiamente

dichos (41-60 años), los mayores de 60 años suponían el 29,6%. Es decir los dos grupos que más tenían que perder o que ya no tenían ánimo para emprender una nueva vida. También era relativamente alto el de los menores de 20 años (22,6%), reflejo sin duda de una natalidad más alta que en lustros anteriores. Lo que faltaba era la población de adultos jóvenes (21-40 años), pues tan sólo representaban un 14,7%; y entre los cuales había tan sólo tres titulares de explotación. Eran los que, sin duda, esperaban tomar el relevo de la de sus padres. Es bien expresivo, que en ellos hubiese un claro equilibrio entre sexos (22 hombres y 22 mujeres).

Es indudable, que sin los proindivisos por medio la despoblación hubiera sido mayor. Sin embargo, si éstos ayudaron a contenerla también fueron una rémora para que se iniciase la transformación.

b) La tardía e incompleta transformación de las penillanuras salmantinas.- El vacío que originó el éxodo rural no tuvo aquí los efectos beneficiosos que en la mayor parte de las comarcas de la región. Es decir, que las tierras que dejaban vacantes los que habían emigrado no fueron a embarecer las unidades de explotación de los que se habían quedado. Los proindivisos eran un obstáculo para ello. Nadie quería coger tales tierras en arrendamiento, ya que aparte de abonar la cuota correspondiente, había que pagar la de la hipoteca para que otro se hiciese propietario. Así las unidades de explotación siguieron teniendo el mismo tamaño; y por tanto muy pocas posibilidades. Es más, el éxodo rural ocasionó una confusión fundaria. Aunque las ventas no abundaron, no por eso bastantes de los emigrantes vendieron a otros sus derechos, que no la propiedad, de las casas, de algunas parcelas o de la cuota ganadera para aprovechar los montes. Pero estas transferencias no fueron en la cuantía suficiente para originar un desbarajuste en la ostentación de derechos de los proindivisos. Se dio la paradoja de que mientras los residentes estaban faltos de tierras, había muchas parcelas abandonadas que pronto se cubrieron de matorral. El terrazgo adquirió el carácter de lo desordenado; más cuando en décadas anteriores, las cercas habían aumentado considerablemente de extensión para sustraer parcelas al pasto común en la época de las rastrojeras o el año en que permanecían en eriazo. Como siempre, había vecinos que no cercaban; los que sí lo hacían podían beneficiarse de sus pastos y de los demás.

Sin un aumento de las unidades de explotación la pobreza de antaño se prolongó hasta dos décadas más en estas comarcas, cuando en las más de la región había producido una verdadera transformación. Los proindivisos eran lo que impedía dar este paso; y éstos tardaron en desaparecer.

Los primeros pueblos que lograron saldar definitivamente las hipotecas y acceder a la plena propiedad, lo consiguieron hacia 1975. La mayor parte no se deshicieron de ellos hasta la primera mitad de la década del ochenta; y en el segundo lustro de ésta, aún quedaban bastantes pueblos que no lo habían logrado. Pero el ostentar la propiedad no resolvía enteramente el problema. Era necesario saber lo que le correspondía a cada uno exactamente; más cuando con el tiempo se había producido una confusión grande de derechos. Una nueva parcelación era completamente imprescindible. Lo lógico era recurrir a los servicios oficiales que tienen esta misión, que además de hacer nuevos caminos de acceso, otorgaba títulos, de propiedad. Pero tenía el inconveniente de que no lo hacía con los montes, en donde las parcelas tenían que ser de muy diferente tamaño, porque los derechos de introducir ganado eran muy distintos.

Pero eso, se ha realizado primero por regla general una concentración privada, llevada a cabo por un técnico. Hecha ésta, los campesinos se apresuraron a cercar con alambre las parcelas que les correspondían en el monte, a veces de modo muy tosco. Cuando ya quedó bien definida la propiedad entonces se recurría a los servicios oficiales, que dentro de lo posible por la abundancia de cercas, hicieron una reagrupación de parcelas, aparte de las otras mejoras, que entran en su actuación.

Fue entonces cuando se pudo iniciar la transformación con algunas adquisiciones, y con arrendamientos. Así las unidades de explotación han aumentado sensiblemente de tamaño. Lo general es que estén comprendidas entre las 40-60 has., sólo algunas llegan a las 100 has., sin embargo con un sistema extensivo por la pobreza de los suelos son todavía insuficientes, salvo en los pueblos de la llamada "Armuña Chica" en el Corredor de Ciudad Rodrigo, que por ser una fosa tectónica los sedimentos miocenos o las arcillas eocenas proporcionan buenas tierras.

Pese al aumento del tamaño, la economía rural no se ha podido orientar a una explotación agrícola, ya que aquí tiene escasas posibilidades la cebada, que en las llanuras cerealistas del resto de la región permitió la supresión del barbecho a partir de 1967, cuando sus precios empezaron a ser estimulantes. Aquí por el contrario, ha permanecido fiel al pasado, y sigue siendo una economía ganadera y con los mismos procedimientos de antaño. Sin duda es la mejor solución.

Las tierras se continúan sembrando de centeno con destino a piensos. Las forrajeras están poco difundidas, excepto en la "Armuña Chica". Con este sistema también la cabaña ha aumentado, aunque siga siendo reducida: 15-20 vacas por unidad de explotación; y son raras las que llegan a mantener las 40. Pero hoy con mayores posibilidades se destinan con preferencia a la cría de añojos, que proporcionan más ingresos. También el hato complementario de ovejas ha aumentado algo. Hoy está constituida de 30-40 cabezas; y si no ha crecido más, no es por falta de pastos, sino porque se sigue aún el sistema tradicional, y los propietarios han de encargarse de ellas durante el invierno, aparte de que aquí también existen dificultades para encontrar pastor.

Semejantes transformaciones han sido posibles en buena medida porque se ha introducido el tractor, que permite labrar más deprisa y liberar al ganado del trabajo en beneficio de las crías. Y esta introducción se ha realizado en dos etapas. Al principio se adquirían tractores de segunda mano, de poca potencia, y los de deshecho de las llanuras cerealistas de la región. Para labrar tierras ligeras eran suficientes, y su menor coste permitía la transformación más fácilmente. Progresivamente, y más adelante a medida que las disponibilidades económicas han sido mayores, se han orientado a los nuevos y más potentes. Más que necesarios, ha sido una cuestión de prestigio. Esta motorización-mecanización también ha originado transformaciones. Para su mayor eficacia la abundancia de cercas era un verdadero obstáculo. Por eso en los momentos actuales, en las parcelas contiguas se van eliminando para dar lugar a otras mayores. Así una nueva organización fundaría está apareciendo.

La transformación por tanto, ha sido tardía; y se puede considerar todavía inacabada; aún quedan muchas tierras en lleco. Los resultados adquiridos hasta ahora son patentes: el tractor ha atenuado mucho el duro trabajo de un otraño todavía reciente, y los ingresos son bastante más elevados que en lustros anteriores. Pero todavía no alcanzan el nivel de las comarcas de la región

verdaderamente evolucionadas. Las unidades de explotación no han logrado un tamaño que permita unas rentas equivalentes. Ciertamente hoy las gentes se permiten gastos en lo superfluo, lo mismo en la alimentación y vestido, que en aspectos de ocio; aunque no tanto por capacidad, como por prestigio. Se ha superado así la pobreza de antaño; pero no todavía el nivel del campesinado. La prueba más patente es la escasa remodelación del caserío. Los pueblos siguen conservando el aspecto vetusto de tiempos pretéritos.

4. Las penillanuras zamoranas y sus arcaísmos.-

En estas penillanuras la transformación ha sido aún más feble. También en ellas ha habido una lucha por la propiedad; pero por ser menos ásperas paradójicamente ha dejado unas secuelas todavía más difíciles de superar.

Ha sido una consecuencia igualmente del régimen señorial; pero éste revistió fórmulas muy diferentes. Las casas nobiliarias que dominaron este sector obtuvieron sus señoríos en época tardía, durante el siglo XV. Sus ostentadores sólo gozaron en principio de los beneficios que les proporcionaba la "jurisdicción". Sin embargo, para obtener mayores ingresos en el siglo XVI forzaron mediante concordias con sus vasallos la tenencia de las tierras de cultivo y casas mediante una forma arcaica, los foros -algo propio del NO. de España-, que en las llanuras de Castilla no llegó a tener vigencia. Era una forma de anfiteúsis por la cual, el uso de estos bienes indiferente de quien fuera el usufructuario tenía que pagar una renta, transmitiéndose este modo contractual de generación en generación. En cambio, los montes y pastizales se consideraron inherentes a la jurisdicción, siendo regidos por el señor pero aprovechados de modo comunal por los vecinos. Su utilización como terrazgo de monte estaba sujeta a su concesión, mediante una cuota adicional.

Cuando llegó el momento de la abolición del régimen señorial, los foros fueron considerados para toda España, como una forma jurídica de propiedad.- De ahí que si los señores perdieron la jurisdicción, conservaron sin ningún requisito los bienes que entraban en ello. De ahí que en este aspecto los vecinos de estas comarcas no experimentaron cambio alguno. Pero sí en lo que se refiere a los montes. Estos como no incluidos en el foro pasaron a ser bienes del Estado; pero por su carácter de comunales, se libraron de la desamortización. Como tales se siguieron utilizando como pastizales, para leña y también como tierras de cultivo, que se sorteaban en lotes periódicamente.

Sin embargo, este cambio de titularidad fue un resquicio que los vecinos aprovecharon para hacerse con tierras. En una época de escaso control con mucha agitación política y en una región apartada, pronto comenzó el asalto a los "comunales". Los campesinos poco a poco fueron apropiándose de parcelas, según los medios de que disponían. Para la gente joven debió de ser un medio para hacerse con una unidad de explotación. Para materializar esta posesión se cercaban las parcelas, e incluso incluidas en el catastro se pagaba contribución por ellas. Pero no fueron inscritas en el Registro de la Propiedad, puesto que se carecía de base legal para ello. El terrazgo de la roda aumentó de extensión con una malla de cercas mucho más laxa que las cortinas; mientras que la superficie de tierras comunales menguaba. A. Cabo estudió hace bastantes años esta

disminución en Sayago. En el decurso de casi una centuria, las tierras de cultivo en los comunales han quedado reducidas a muy poco.

Este proceso de apropiación quedó concluido en el momento en el que los organismos del Estado hicieron un control efectivo. Se conocía perfectamente qué era lo de dominio público; y qué es lo que era propio de los campesinos. A finales de los años cincuenta, tratar en estas comarcas de la propiedad era algo infando. Sin embargo, se dejaron las cosas como estaban. Desposeer a los campesinos de lo apropiado hubiera sido algo inaceptable socialmente; ya que los hubiese condenado a la más completa miseria. Los organismos oficiales tuvieron completa tolerancia; y se dedicaron a administrar lo que quedaba, reglamentado su uso, incluidos los sorteos periódicos de parcelas de siembra. No obstante, a los campesinos siempre les quedó el resquemor de que tuvieran que hacer un desembolso para legalizar esta situación. Quizá éste sea uno de los orígenes de la obsesión por el ahorro, que todavía está arraigado por completo.

Se comprende la actitud benevolente de las autoridades, porque con esta apropiación poco es lo que habían logrado los campesinos de estas comarcas: las unidades de explotación estaban comprendidas entre las 10-15 has. Más bien hay que pensar, que este proceso contribuyó a fijar población en ellas. Además, muchos durante bastante tiempo tuvieron grabada una parte de esta superficie, ya que tenían que abonar las rentas de los foros.

Aunque la lucha por su redención duró todo el siglo XIX por lo menos en Galicia, que era donde tenían más transcendencia social, no se logró hasta los años veinte de la presente centuria. En estas comarcas quedaron liquidados por entonces. Su redención, fue sin duda, menos onerosa que la venta de los proindivisos en las penillanuras salmantinas. Fue una medida oficial, mediante un sistema de capitalización favorable a los usufructuarios, y abarcó a superficies relativamente pequeñas. No sabemos el esfuerzo que supuso para los habitantes de estas comarcas de nuestra región. Pero hay que suponer, que dada su indigencia tuviesen que recurrir al crédito hipotecario de muchas de sus parcelas. Les forzó también al ahorro; otro motivo de su obsesión por él.

La obtención de la propiedad más temprana y pacífica que en las penillanuras del Sur, ha hecho que los habitantes de estas otras hayan participado menos de lo que ocurría a nivel de la vida nacional. Este hecho unido a que han sido comarcas un tanto a trasmano y mal comunicadas, ya que la primera línea de ferrocarril solo atravesó una parte de ellas en 1955, y las carreteras que las cruzaban eran escasas, y ausentes entre unos pueblos y otros, las han mantenido en un acusado grado de aislamiento. Los maestros duraban poco, y había dificultades para que se ocupasen las plazas de sus escuelas. El nivel cultural era muy bajo. De este modo ha habido una casi completa resignación ante la pobreza.

En estas condiciones, el éxodo rural de las décadas del sesenta y del setenta tuvo una repercusión menor que en otras muchas comarcas de la región. Afectó a los jóvenes, que como en épocas anteriores, eran forzados a emigrar porque no podían ser mantenidos en tan exiguas explotaciones. En este aspecto, no hizo sino acentuar una corriente tradicional. Aparte de ellos, sólo las gentes más arriesgadas y de mayor iniciativa fueron los que la abandonaron con sus familias. Todas las perso-

nas ajenas a ellas (funcionarios, sacerdotes, empleados y agencias bancarias) son costantes en afirmar, que los que se quedaron, a parte de la población mayor, fueron los más apocados y los más faltos de horizontes. En general, adultos sin mucha distinción entre los jóvenes y los machuchos. La emigración tuvo así mucho de selectiva, y no dejó de experimentar una cierta contención. Lo pone de manifiesto el que entre 1960-1981, la mayor parte de los municipios perdieran tan solo entre un 30-40% de su población; y únicamente algunos superasen algo más de la mitad. Eran los que estaban más cerca de las ciudades o en las vías de comunicación más concurridas.

No se produjo una despoblación muy acusada; pero sí sensible, porque la ausencia de población joven se ha dejado sentir en una falta de brazos. La que ha permanecido, además de poco emprendedora, ha sido incapaz de realizar una transformación importante.

a) El arcaísmo de la vida rural.- Reducida la población a las personas adultas, generalmente los matrimonios, y constituida por gentes de pocas aspiraciones, se han centrado principalmente en lo que es su propiedad, una pequeña unidad de explotación, como acabo de señalar. Se siguen realizando los sorteos periódicos en los terrazgos del monte, pero sólo algunos más esforzados, más necesitados, o los que cuentan con una mano de obra suplementaria, acuden a ellos. Así, en su mayor extensión los adiles, quñones o suertes permanecen abandonados; el matorral, cuando no el monte los cubre por completo. Esta situación desanima a utilizarlos; y sólo se trabajan los más cercanos o de mejores condiciones.

En las parcelas de la roda se siguen cultivando el centeno con destino principalmente a piosos para el ganado vacuno. El pan cotidiano, ahora trigo, se obtiene por trueque con él en los almacenes o se adquiere a los comerciantes ambulantes. Es un recurso fundamental; pero no el único. Los pastizales comunales son igualmente importantes. Se utilizan lo más posible, porque la cosecha no da para mucho. De ahí que la cabaña de cada campesino continúe siendo pequeña a la luz de los tiempos presentes: 6-8 vacas; y todo lo más 10. Pero prosigue exigiendo mucho trabajo entre las parcelas centeneras y el careo del ganado. Hombre y mujer, como en tiempos anteriores, pasan la mayor parte del año y el día diado en el campo. La comida de campango es todavía la base de la alimentación. La familia continúa reuniéndose sólo en la cena y no siempre en los días de fiesta.

De este modo, la economía rural sigue siendo ganadera y basada en el cultivo. Pero con tan cortos recursos es lo mismo que antaño autárquica. Las cortinas y el cerdo siguen siendo la base de la dieta cotidiana. Son pocos los alimentos que se adquieren. El café, que ha sustituido a los torreznos, y no siempre en el desayuno y el arroz que junto a las patatas, es el elemento que integra la cena en el invierno; del mismo modo que el "caldo" lo es para el resto del campo. También en vestir se gasta muy poco; a la ropa se le hace durar lo más posible. La autarquía alcanza así un alto nivel; casi el mismo que hace seis lustros.

Lo esencial es no gastar, es el fundamento de la economía rural. Por eso el ahorro continúa siendo una de sus metas. Este es el destino que tiene la mayor parte de los ingresos que se obtienen con la venta de los terneros. Incluso con este fin se fuerzan las ventas de aves, huevos, y aun hortalizas; aunque sean en cuantía mínima, y sean precisas. Pero se privan de ellos.

De este modo, ni por el tipo de vida, ni por la mentalidad, se ha superado el nivel del campesinado. Se persevera en el ambiente tradicional. Los cambios en este aspecto son poco relevantes; y más bien han contribuido a afianzarlo.

b) Cambios poco significativos.- No es que los haya habido, es que han contribuido muy poco a transformar la vida rural. Y éstos han tenido origen en algo exógeno: las pensiones. Comenzaron por las de jubilación; pero después han sido las de invalidez. Dada la vida de lacerías y de una mala alimentación, son muchos, si no la casi totalidad de los adultos, los que en un grado u otro pueden optar a ellas. En su obtención también han contribuido los ratimagos electorales. De ahí que rara es la casa en donde no entre ninguna. Esto ha llevado a un nuevo concepto de "ricos y "pobres". Estos últimos, son las familias en las que ninguno de los componentes ha logrado alguna. Los primeros son los que disfrutan de ella, que frecuentemente es más de uno.

Y pueden considerarlo así, porque son unos ingresos suplementarios muy sustanciales. Los jubilados siguen trabajando hasta que se tienen que rendir a la evidencia. El hijo mozo toma el relevo, si es que ya antes no llevaba el peso de la explotación. En cuanto a los demás, si antes de obtener la pensión trabajaban ¿por qué no van a hacerlo después?. Lo que logran de este modo se suma a lo que consiguen con la venta de terneros y demás productos. Tiene el mismo destino: el arrecadarlo. Sólo que ahora en vez de guardarlo en las casas, para evitar robos va a parar a los bancos, si es que sale de ellos. Con el tiempo es muy frecuente que se reúnan varios millones, mientras que se sigue manteniendo la misma vida de cortos horizontes, que se puede resumir en trabajar mucho, comer mal y ahorrar. La sobriedad sigue siendo una virtud; y el rechazo de lo superfluo -todo lo que no sea estrictamente necesario- completo; incluso en comarcas de acendrado espíritu religioso, como Aliste, algo así como un pecado.

Las gentes de fuera, pero que viven en estas comarcas, no se explican esta obsesión por el ahorro. Ahora los riesgos de la enfermedad están cubiertos por la Seguridad Social, los problemas de la vejez resueltos por las pensiones de jubilación, y todos los pueblos, aun los más apartados, comunicados mediante carreteras asfaltadas. Así se muestran atarantados ante esta inmovilización de capitales. Cuando haciendo estas reflexiones, les preguntan sobre ello a sus habitantes, la respuesta invariable es siempre la misma: "no se sabe lo que puede ocurrir con el tiempo...". Lo achacan, pues, al carácter apocado de estas gentes; el legado de un pasado que ha creado esta mentalidad y resultado de una emigración selectiva, que se llevó a las personas de mayor calidad, y dejó población residual, anclada en los tiempos pretéritos. ¿No será que aún tienen el temor de que las tierras apropiadas en los montes públicos les sean vendidas alguna vez?

De este modo, este aporte externo, que es tan importante como el aporte de las propias unidades de explotación, no ha servido para mejorar la vida de los habitantes de estas penillanuras. Una muestra bien evidente es el poblamiento. Son muy pocas las casas remodeladas; y la inmensa mayoría conservan su pobre aspecto tradicional de muros de sillería mal travada de toscas piedras de granito o de pizarra. Tan solo en los últimos años, los antiguos emigrantes, que parecen mantener en la ciudad el mismo espíritu de ahorro, han empezado a contruir chalés para cuando, llegado el momento de la jubilación, regresen definitivamente al pueblo. Pero son muy pocos, en realidad. Los bares únicamente aparecen en los pueblos más grandes, y de ellos sólo algunos

tienen buena apariencia. Incluso los "mesones" y "restaurantes" que se anuncian, tienen mucho de cutre. Los pueblos conservan así su carácter tradicional y de pobreza.

Sin embargo, esta capitalización no ha dejado de ser utilizada. Pero no para ahorrar esfuerzos, sino para mejorar algo la explotación, y obtener así más ingresos. Pero también en este aspecto los cambios son pocos y poco significativos. En el Sayago, desde comienzos de la década del ochenta se introdujeron las mulas para labrar, con el fin de que las vacas pudieran criar mejor. Es un aspecto de modernidad que hace más patente lo vetusto. Después han ido adquiriendo tractores de segunda mano; de los más baratos, y por tanto más viejos y de menor potencia, que retrotraen las labores del campo a lo que era en otras comarcas hace treinta años. Aquí lo más llamativo ha sido el cercado de todos los montes de aprovechamiento comunal mediante hitos de cemento y alambres. Su finalidad no es tanto ahorrar tiempo en el pastoreo, como la de que las vacas no se salgan a las carreteras, bastante transitadas en verano, y provoquen accidentes con los automóviles, y tener que pagar las correspondientes indemnizaciones.

Igualmente, y con el mismo objetivo, en Aliste se ha recurrido al tractor para labrar y como elemento de tracción; pero no ha repercutido en un proceso de mecanización. Pues, como en las otras comarcas de la penillanura zamorana, la cosecha del centeno sigue apegada al pasado. En la siega se recurre muy poco a la cosechadora. Las parcelas longueras son muy estrechas, y sólo permiten las de poco corte. Por eso, se realiza con agavilladoras tiradas por los tractores. Para el acarreo, como éstos son de poca potencia, se emplean remolques estrechos, que se cargan hasta lo inverosímil. Pero es en las eras en donde la recolección adquiere el carácter de lo pintoresco. En el mejor de los casos se utiliza la trilladora. En Alcañices hay una empresa que las adquiere en el Sur de España, las repara y vende a los campesinos. Al pie de su largo tubo se forman enormes montones de paja. Pero como ésta no es de la calidad deseada para alimentar al ganado mezclada con el pienso, no está enteramente generalizada. Se ven así círculos de parva en los cuales el tractor da vueltas arrastrando dos o tres trillos. Para ahechar se emplean "aventadoras", a veces movidas a mano, cuya matrícula indica que también se han adquirido de segunda mano, y que tienen muchos años encima. Pero tampoco faltan, y son bastantes, los que recurren al bieldo para separar el grano de la paja. Los rasgos de arcaísmo son, pues, manifiestos.

Sin embargo, han ido transcurriendo los años, y los que hace dos décadas eran niños, han pasado a ser adultos. De los que han perseverado en estas comarcas muchos han pasado a ser titulares de la explotación y otros han tomado el relevo a los padres ya jubilados. Son estas nuevas generaciones las que han iniciado nuevos cambios. En el Sayago, los jóvenes se han orientado por el ganado ovino de raza churra. Una cooperativa de Zamora asegura la salida de la leche; y los corderos ahora han encontrado fácil venta. No obstante encuentran obstáculos; la gente mayor, que tiene por base el gando vacuno, y que son mayoría, consideran que las vacas son las primeras que deben aprovechar los pastos, y las ovejas entrar después del careo. Quizá esto explique el que los rebaños no hayan llegado a ser grandes -en torno a las doscientas cincuenta cabezas-, e insuficientes para proporcionar una renta aceptable en los momentos actuales. En el Aliste en manos de estos jóvenes han comenzado a aparecer tractores nuevos y de gran potencia. Sin duda son una consecuencia de los años de la capitalización; pero que para ser rentables tendrán

que trabajar mucha mayor extensión de tierra que la habitual. Por aquí puede comenzar una transformación de las explotaciones, ya que son muchas las tierras que están en lleco.

No obstante, todo da la impresión que en estos otros cambios de mayor alcance son tan solo tímidas iniciativas, que únicamente se esbozan. Han encetado; no se puede saber si se extenderán. Es algo que se podrá comprobar en el futuro. Mientras tanto, lo dominante, y de modo completo es la supervivencia de esa vida tradicional de cortos horizontes con abundantes arcaísmos.

En estas comarcas zamoranas se conserva, por tanto, el paisaje tradicional, que sustenta todavía una economía de subsistencia, alto grado de autarquía y transida de pobreza. Si las pensiones son algo alógeno, también son algo externo para la vida rural propiamente dicha, por el afán de sus habitantes por el ahorro. Su único aspecto positivo es la satisfacción de la codicia. Es otra manifestación de la pobreza. Aquí viene al pelo aquella frase de F. Quevedo, que "la pobreza crece cotidiano".

Para concluir, se puede afirmar, que si en las penillanuras salmantinas se ha superado la pobreza de otraño, en cambio no se ha podido sobrepasar el nivel del campesinado. Socialmente tienen un significado muy distinto al de las demás comarcas de la región. En las penillanuras zamoranas se mantiene la pobreza, y no se ha salido tampoco de la situación del campesinado. Ambas penillanuras son espacios marginales, y cómo han llegado a serlo. Creo haberlo cumplido, aunque para ello me haya tenido que alargar demasiado. Les pido disculpas por ello, y les doy las gracias por la atención que me han prestado.





